

MÁS ALLÁ DEL ANHELO

Hilda Rojas Correa

«Poder decir adiós es crecer.»
—Gustavo Ceratti—



PRÓLOGO

Londres, 12 de febrero de 1844.

Lady Laura Martin se situó detrás de su hermano mayor, Alec, el único caballero que se atrevió a responder al desafío impuesto por lady Somerton. Entre todas las solteras, él estaba ahí para atrapar el ramo de la novia, su amiga, Grace March, la nueva duquesa de Oxford.

Laura sonrió. Su hermano representaba un obstáculo insoslayable para que el ramo fuera a parar a sus manos. La ancestral tradición sentenciaba que, si la soltera —o soltero en este caso— lo atrapaba, sería la siguiente en contraer matrimonio.

En su círculo íntimo esa tradición casi no fallaba. Todos quienes atrapaban el ramo terminaban casados más temprano que tarde. Ese mismo hecho la impulsó a ocultarse para no ser tan evidente. No quería parecer desesperada por contraer matrimonio.

Miró de reojo hacia su derecha, ahí estaba «él». Pronto se iría de viaje a Italia. Suspiró. Le gustaba cuando volvía a Inglaterra con su piel más morena y con esas palabras sueltas en italiano que ya eran parte de su vocabulario.

¡Ay, no, la miró!

Laura fingió que solo fue casualidad. Tensó una sonrisa falsa, lo saludó con un ademán juguetón de sus dedos. Él le guiñó el ojo, y con un gesto le señaló que prestara atención hacia el frente.

—¡¡A la una!!... —exclamó la novia—. ¡¡A las dos!!...

El ramo voló alto por los cielos. Pasó por encima de las solteras, su hermano saltó y lo rozó con los dedos.

Laura ni siquiera había levantado sus manos, pero ahí fue a parar el hermoso ramo de la novia. Por un segundo ella fantaseó e imaginó que ocurría el milagro, que sus sentimientos eran correspondidos por él. Era un bonito sueño. Sonrió.

—Eres la siguiente, hermanita. —Escuchó la voz de Alec—. Me apiado del pobre hombre que se enamora de ti.

La sonrisa de Laura se esfumó y puso sus ojos en blanco.

—No seas ridículo, Alec. Eso no pasará, la tradición morirá en mí. Desde hace tres años que soy oficialmente una...

Las voces alegres de sus amigas y primas interrumpieron sus palabras. Algunas bromeaban, otras la felicitaban y otras fingían frustración por no ser la afortunada dueña del ramo. A su lado llegó Charity, su hermana menor, quien le susurró al oído:

—Oh, oh, le queda poco tiempo a tu Romeo.

Los ojos de Laura casi salieron de sus cuencas y amonestó a su hermana:

—Calla, Charity. —Miró en todas direcciones por si alguien había escuchado la indiscreción—. No insistas con ese tema.

—Ya descubriré quién es —continuó con su tono de secretismo—. Los flamantes candidatos son Matt, Caleb, Will, Tony... Jack y Malcolm son menores que tú... aunque eso no es impedimento, mamá es mayor que papá por tres años. Ay, cualquiera puede ser. ¿Quién será?

—Nadie, Charity.

Laura llevaba meses arrepintiéndose de un comentario críptico que lanzó al aire, y que su hermana lo captó en seguida. De haber sabido que Charity era tan perspicaz, habría cerrado su gran boca.

Dio media vuelta y se marchó del salón dando grandes zancadas. Sintió que, de pronto, se volvió invisible. Después de arrojar el ramo, los novios se disponían a abandonar la fiesta, y todos se dirigieron al vestíbulo de la mansión para despedirse de ellos.

Laura dejó atrás el bullicio y atravesó las puertas francesas que daban al jardín. El frío aire invernal le dio la bienvenida. Su respiración se transformó en vaho.

Admiró el peculiar ramo de la novia. Rosas blancas adornadas con ramas y bayas de muérdago. Si no recordaba mal,

en el lenguaje de las flores ese ramo tenía dos significados; el primero era fácil, las rosas blancas representaban el amor y la pureza; el muérdago...

—«Supero mis dificultades» —citó, recordando el significado—. Qué envidia... es un hermoso mensaje.

—Sí, è *molto bello* —coincidió la voz de él a sus espaldas.

Laura lanzó un gritito que mezclaba el susto y los nervios por ser descubierta por él.

«Debo dejar de actuar como una boba», se reprendió en su fuero interno. Frunció el ceño y dijo:

—Casi me matas, Will. Es de mala educación asustar así a las personas.

William alzó sus manos con esa sonrisa ladina que tan bien se le daba.

—Es divertido asustarlas.

Laura hizo una mueca y parafraseó con un tono grave como si fuera idiota:

—Es divertido asustarlas.

William rio. La estrechó entre sus brazos, travieso. Laura se envaró y se removió para deshacerse del contacto. Él apretó un poco más fuerte.

—Déjame. —Se retorció intentando liberarse. William soltó su agarre—. Qué fastidioso eres.

—Pero qué sensible estás hoy... ¿No te sientes feliz por haber atrapado el ramo?

—No lo atrapé. Llegó solo. —Se acercó a la balastrada de piedra cubierta de nieve. Desistió de apoyarse en ella ante la idea de que la ropa se le humedeciera.

—Es lo mismo, da igual cómo lo digas... —replicó y se situó a su lado. William sí se apoyó, sin importarle la nieve—. Espero que no te cases antes de que vuelva de Italia. Me romperás el corazón si me entero de ello por carta.

«Tu corazón estará intacto», pensó Laura con amargura. A la postre, solo dijo una verdad disfrazada de mentira:

—Ridículo, eso nunca va a suceder.

—Sabes que es posible. Si Grace, teniendo casi treinta y uno, se casó de la noche a la mañana, aún quedan esperanzas para ti, primita.

—No me llames primita. Sabes que lo detesto, no soy una niña.

A William le pareció que Laura estaba más quisquillosa de lo normal, era mejor no provocar su mal humor.

—Lo sé. Dejaste de serlo hace mucho. —Su voz se apagó y permitió que el silencio se asentara entre ellos por un rato. Se enderezó y sacudió la nieve de su manga, intentaba dilucidar por qué Laura respondía tan a la defensiva. Decidió que lo mejor era ir de frente, como siempre—... Ya, pero, hablando en serio... ¿No hay ningún caballero que ocupe tus pensamientos y tu corazón?

«Tú, imbécil», farfulló la mente de Laura. En su lugar, prefirió soltar una indirecta:

—Quizás.

William alzó una ceja y preguntó con interés:

—¿Lo conozco?

Laura masculló mil maldiciones en su mente por su torpeza. Ahora William insistiría en saber. Tenía dos posibilidades, evadir o mentir. Las dos cosas se le daban fatal.

—No lo sé. Da igual. —Elegió la evasión—. No va a pasar nada porque ni siquiera me considera una mujer.

—¿En serio? —Fruunció el ceño—. ¿Y si intentas hacerle cambiar de opinión?

Laura rio. Ah, qué ironía era tener esa conversación con William, el objeto de su afecto.

—¿Y eso es posible? —interpeló—. Yo creo que un hombre que solo siente hacia mí un cariño, digamos, fraternal, no va a cambiar de opinión. Ni siquiera si me paseo desnuda frente a él.

William carraspeó ante ese comentario tan desenfadado e inapropiado, y se deshizo de inmediato de esa imagen mental. No obstante, su humor cambió al entender el sentido de la declaración de Laura.

—¿Dijiste fraternal? —Se rascó la barba oscura—. ¿Estás enamorada de uno de nosotros?

Y con «nosotros» William se refería al círculo íntimo de sus familiares y amigos. Hombres —y algunas mujeres— que usaban la denominación de «Herederos del Diablo», debido al pasado escandaloso de sus padres que, valga la redundancia, heredaron a ellos, sus hijos. Cada uno de ellos usaba un apodo sacado del *Diccionario Infernal* de Collin de Plancy. Esa fama derivó a las solteras más jóvenes de la familia, quienes a sus espaldas eran llamadas las «Damas del Diablo».

«¡¡Maldición!!», Laura se daba de cabezazos en su fuero interno al darse cuenta de su error. Era como si estuviera disparándose en el pie con cada palabra que salía de su boca.

—Solo fue un decir, Will. Olvídalo.

—¿Quién es? Dime, quizás te puedo ayudar.

Laura negó con su cabeza. ¿Cómo se había metido en ese embrollo? Esa conversación parecía irreal. No obstante, la desazón la invadió. Constató la dura realidad, él no sentía nada por ella, ni una mísera pizca. Si su primo albergara un sentimiento diferente al fraternal, no estaría ofreciéndole sus servicios casamenteros para obtener el amor de otro.

—Déjalo... Es inútil, tú menos que nadie me puede ayudar. —Y todo fue claro en ese momento. La respuesta estaba ahí. Eso la impulsó a tomar la decisión de rendirse. Debía conservar lo que quedaba de su amor para sí misma. Ya no podía seguir así. Lo miró a los ojos y dijo—: Estoy intentando olvidarlo, cambiar lo que siento por él. Es lo mejor para mí.

—¿Cómo estás tan segura de que él no siente nada por ti? Me parece imposible. Eres una mujer como pocas. Posees belleza, diriges una academia, tienes vocación de servicio, cuando estás de buen humor eres dulce y tierna. Nadie supera tu buen gusto e ingenio y...

—Y, a pesar de todo eso, no me ama. —Suspiró. Era mortificante escuchar a William hablando de sus cualidades, cuando en realidad no significaban nada para él. Era hora de decir adiós a ese amor, necesitaba dejarlo ir—. Tú no me amas.

El rostro de William se desfiguró. Sorpresa, desconcierto y dolor se reflejaron en sus iris castaños. No fue capaz de decir ni una sola palabra.

Esa reacción fue otra puñalada en el pecho de Laura. Lo peor de todo era que no podía desquitarse con él. William no era culpable de nada. Intentó componer una sonrisa, pero sus ojos se anegaron en lágrimas. Era el primer paso para darle sepultura a sus sentimientos.

El mentón le tembló, mas lo alzó con orgullo. El pálido rostro enrojeció y el corazón bombeaba sangre con frenesí. Hizo acopio de toda su dignidad, y dijo:

—Desde hace tres años que te amo... con toda mi alma. Pero sé que jamás sentirás lo mismo que yo. Ya lo has dicho más de una vez, nunca te fijarás en una de nosotras. Todas so-

mos como hermanas para ti. —Le ofreció el ramo de novia, la ofrenda de su moribunda ilusión. William, aún desconcertado, lo recibió por inercia—. Espero que te vaya muy bien en Italia.

Al fin William sintió que su voz regresaba, a trompicones intentó decir:

—Lau... Laura, yo...

—No digas nada, Will, porque no te estoy pidiendo nada.

—Pero es que yo...

—Te prohíbo que intentes explicarme, consolarme, disculparte o alguna tontería por el estilo, porque no va a cambiar el hecho de que no sientes lo mismo. Nada de lo que puedas decir va a mitigar mi dolor. —Sus lágrimas cayeron. Una aguda punzada atravesó su pecho por contener la aflicción, y sintió la urgente necesidad de largarse a llorar como una niña. Inspiró profundo y añadió—: Lo dije y punto. Al fin ya no tendré este peso en mi corazón, ni tampoco sentiré arrepentimiento por haber callado.

El silencio de William decía más que mil palabras.

Laura constató que ya no tenía nada más que hacer en ese lugar. Se secó las lágrimas con el dorso de su mano.

Necesitaba estar sola y lamer sus heridas. Dio media vuelta.

—Adiós, Will.